

Lindsey Kelk

Incluye
guía para no
perdersé en
París



¿Quién dijo que
París es la ciudad del amor?

*Para Mabel, Kara, Joel y Chloe.
Espero que no os sintáis muy avergonzadas
de mí cuando tengáis la edad suficiente para leer esto*

AGRADECIMIENTOS

MUCHÍSIMAS GRACIAS A TODO el mundo de HC, en especial a Lynne, Victoria, Calire y Sarah. Kate y Lucy, sois increíbles. Lee, gracias por estas portadas tan asombrosamente hermosas que hacen que la gente coja el libro nada más verlo. Endy, gracias por convencer a los encargados de compras para ponerlo en las tiendas, de manera que la gente pueda ver su preciosa portada. Liz y Keira, sois dos excelentes damas y trabajadoras. Y a todos los demás, como antigua miembro de HC-UK, os agradezco muchísimo el increíble trabajo que estáis llevando a cabo por mí, y me enorgullece poder trabajar con vosotros en cualquier puesto.

También quisiera enviarle un agradecimiento superespecial a Sam *Carnicero* Hutchinson y a Jane *Gaga* Griffiths por convertir la búsqueda de información sobre París en algo mucho más divertido, pero claro, eso es algo que siempre digo, ¿no? Gracias a Jenny Jacobi y a sus amigos por sus consejos y «a un chispeante y joven vendedor llamado Hugh» y al hombre de la botella de vodka de la rue Oberkampf..., para quien la respuesta sigue siendo no, gracias.

A todo el que me ha ayudado a sentirme como en casa en Nueva York; a las mejores compañeras de habitación del mundo, Ro y Shirin; a Beth, Janet, Kari, Sarah, Erin, Brenna,

Rachel, al Colectivo de Análisis de «America's Next Top Model» y a todo el que se ha reído conmigo y no de mí. Gracias. Y por último, a todos los poetas texanos y pelirrojos de mi vida. Quisiera reconocer la inmensa deuda contraída con ellos en términos de inspiración, aliento y atractivo físico. Y al hecho de que se atreviesen a sugerir que pusiera esto aquí. Pedid y recibiréis.

1

NUEVA YORK NO HABÍA HECHO ni el menor esfuerzo por refrescarse en los tres días que yo había estado fuera. Cuando mi amiga Erin me sugirió que nos fuéramos a su casa de la playa a pasar un largo fin de semana, estuve a punto de tirarla por la ventana del decimoctavo piso, donde estaba su oficina, para llegar antes. Pero tres días en la costa sólo habían servido para que fuese más duro volver a la pegajosa urbe. Tras un paseo de apenas dos manzanas hasta el metro, el tacón del zapato ya se me había metido tres veces en el alquitrán medio líquido que separaba las losas del pavimento. ¡Buag! Casi consiguió que sintiera nostalgia por los húmedos sábados estivales en Wimbledon. Casi.

En medio de aquel calor asfixiante, la única manera de sobrevivir era llevar la mínima cantidad de ropa posible a la hora de salir y pasar el máximo tiempo humanamente posible en actitud devota ante el altar del equipo de aire acondicionado. La indumentaria de supervivencia para aquel día estaba formada por un trajecito de tirantes rosa pálido de American Apparel, realmente largo, y una pulsera. La pulsera era para demostrar que había dedicado algún tiempo a vestirme, en lugar de salir a la calle en ropa interior. En Londres nunca habría salido de casa con algo tan revelador,

pero en Nueva York hacía demasiado calor para preocuparse por la flacidez de los brazos. En realidad, no me sentía como si me hubiera olvidado de vestirme. En aquel momento me encontraba a tan sólo un milímetro de distancia de la loca a la que le gusta pasarse las veinticuatro horas del día sentada en la charcutería que hay frente a mi apartamento, en salto de cama y sujetador.

Una vez protegida por el aire acondicionado del metro y agarrada al poste del centro del vagón, realicé, con mi acostumbrada elegancia, una maniobra de contorsionismo para cambiarme los zapatos por las sandalias que siempre llevo en mi Marc Jacobs. Entonces, recordé el momento maravilloso en que aquel bolso había llegado a mi vida. Era mi posesión más preciada, mucho más que ninguna otra cosa que hubiera tenido. Nunca lo pondría en el suelo, siempre me aseguraría de que los bolígrafos llevaran puesta la tapa y los lápices de labios no tuvieran fugas, y por supuesto nunca, por nada del mundo, metería un par de zapatos sucios de la calle en su interior. Mientras hurgaba en sus profundidades en busca de la sandalia izquierda, tuve el impulso de derramar una pequeña lágrima por las costuras sueltas, los billetes de metro usados, las servilletas arrugadas y las docenas de paquetes de chicle medio vacíos que cubrían el forro. Cuánta clase.

Al cambiar de la línea seis a la L en Union Square, sentí que empezaba a sonreír. Comenzó a formarseme en la boca del estómago el mismo hormigueo nervioso que siempre me atacaba al subir al tren de Brooklyn. Bueno, tal vez la vuelta a la ciudad tuviese un lado positivo: Alex. Por descontado, no sentiría aquel hormigueo con tanta frecuencia si aceptaba irme a vivir con él, como no se cansaba de pedirme. Según mis amigas, era una ridiculez mantener una relación *bicostera* como la nuestra. Me había pasado una parte indeciblemente larga del fin de semana tratando de explicarle a la supermanhattaniana Erin (incapaz de aventurarse más allá de la calle 14, salvo que no tuviera otro re-

medio) que un trayecto de Murray Hill a Williamsburg no se podía definir exactamente como un viaje de costa a costa. Además, no tenía nada claro que estuviera lista para dar el paso aún. Sí, quería a Alex, y sí, me gustaba estar a su lado, pero ¿significaba eso que debía encadenarme a él de inmediato? No.

Tras salir del metro y arrastrar mis huesos por la escalera hasta la calle, hice una momentánea pausa para dejar que mis ojos se ajustaran a la luz del sol. Como de costumbre, Alex estaba apoyado en la esquina de Bedford y North 7th, meneando la cabeza al ritmo de la música de su iPod, con la densa melena negra retirada de la cara y enmarañada por detrás, como si acabara de levantarse de la cama, y teniendo en cuenta que sólo era la una de la tarde, posiblemente fuese así. Con pegajosos agostos o sin ellos, el vestuario de Alex nunca cambiaba. Los vaqueros negros de pitillo le ceñían las piernas, la camiseta se le pegaba al pecho y estaba bebiendo a pequeños sorbos de una humeante taza de café.

Sacudí la cabeza. ¿Cómo podía beber algo caliente en un día como aquél? A mí me bastaba con ver la taza para ponerme a sudar. Y me bastaba con ver a Alex para que el hormigueo del estómago se convirtiera en un estremecimiento de tamaño natural. Me pasé los dedos por debajo de los ojos para limpiar cualquier posible mancha de máscara —ni siquiera la máscara más resistente al agua podía sobrevivir intacta a los más de treinta grados de Nueva York— y saqué del bolso las gafas de sol antes de ponerme de nuevo en movimiento.

—Hola. —Alex tiró la taza de café a la papelera que tenía al lado y se inclinó sobre mí para darme un beso—. ¿Qué tal con Erin?

—De maravilla —respondí, antes de ponerme de puntillas para recibir otro beso, ligeramente más largo, que hizo que se me cortara la respiración—. La próxima vez deberías venir con nosotras. Provincetown es precioso.

—La verdad es que no soy muy de playa —dijo mientras me cogía de la mano para irnos de allí—. Y a juzgar por el aspecto de tus hombros, tú tampoco.

—Ya lo sé.

Levanté el hombro para volver a colocar el asa del bolso sobre el fino tirante de la camisa, y mi atractiva piel color langosta quedó aún más a la vista.

—No debería salir a la calle hasta septiembre.

—¡Hum! —Me apretó la mano—. No es que encaje con exactitud en mis planes, pero tampoco me opongo rotundamente a la idea.

Volví a sentir el estremecimiento.

—¿Y qué planes son éstos? —pregunté mientras nos dirigíamos hacia su piso.

El bloque donde vivía estaba a sólo unos cinco minutos de la boca del metro, pero con aquel calor eran cinco minutos de más para mí.

—Nos han pedido que toquemos en un festival —dijo mientras metía a la fuerza la mano en uno de los estrechísimos bolsillos de sus vaqueros y buscaba una llave que no se encontraba allí.

—¿En serio?

Introduje la mano en el bolsillo interior de mi bolso y saqué mi juego de llaves al llegar a la puerta del bloque de apartamentos. Él me lo cogió con una sonrisa enternecedora. Me gustaba tantísimo que daba asco. Era algo así como si lo hubiese visto todos los días y al cabo de un tiempo hubiera dejado de hacerlo. Y entonces bastaba con que le echara una mirada de soslayo para que me dejara sin aliento, como si fuese la primera vez que lo veía.

—¿Ves? Por eso necesito que te vengas a vivir conmigo.

Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo para darme otro beso, más profundo, mientras entrábamos de lado en el edificio. Sentí que se me ponía la carne de gallina al contacto con el aire acondicionado.

—También podrías acordarte de salir con las llaves —susurré mientras me apartaba de él con un escozor en los labios. Tenía que acordarme de comprar una barra labial con mayor factor de protección solar—. Cuéntame lo del festival.

—Dime si me has echado de menos este fin de semana —respondió con otro susurro al mismo tiempo que me pasaba un dedo por el labio inferior.

Hice una pausa y me miré las zapatillas un instante. Eran momentos como ése los que me hacían sentir como una completa idiota por no regresar corriendo a Manhattan, meter todas mis cosas en una mochila y volver al apartamento de Brooklyn en menos que canta un gallo.

—Pues claro que te he echado de menos. —Le quité las llaves y abrí la puerta del piso—. ¿Has llorado hasta quedarte dormido cada noche?

—Lloro hasta quedarme dormido todas las noches que no estás aquí. —Me lanzó una sonrisa y se acercó a la nevera, de donde sacó dos cervezas heladas—. Pero como no quieres vivir conmigo, he tenido que encontrar el modo de superarlo.

Dejé el bolso sobre uno de sus viejos y destartalados sofás (mejor que en el suelo) y cogí la cerveza. Era el momento perfecto para tener la Conversación. Para decir: «Sí que quiero venir a vivir contigo, pero estoy ligeramente aterrorizada». Pero no lo dije.

Alex desapareció en su dormitorio y no lo seguí. Lo que hice fue recorrer el piso con la mirada: la minúscula cocina americana, repleta de cajas de comida para llevar y tazas de café vacías; dos grandes y deformados sofás frente a los enormes ventanales que cubrían completamente la pared y desde los que se podía divisar todo Manhattan, radiante a la luz del sol. Desde allí no parecía un lugar sudoroso, horrible y opresivo. Era precioso. Y para cuando me aburría de contemplar el horizonte de la ciudad de Nueva York (si es que tal cosa era posible), allí estaba la enorme

pantalla plana de televisión, encajada en un rincón, con el grabador de vídeo digital programado ya para registrar mis programas favoritos.

¿Estaba portándome como una completa imbécil? ¿Qué era lo peor que podía ocurrir? Me mudaría y pasaría a haber menos cajas de cartón en la cocina y más productos en el baño. Nos iríamos a la cama juntos todas las noches, nos despertaríamos juntos cada mañana, saldríamos, volveríamos a casa, veríamos la televisión, cocinaríamos, limpiaríamos, nos quejaríamos, nos haríamos la vida imposible, dejaríamos de practicar el sexo, dejaríamos de hablar, comenzaríamos a engañarnos y terminaríamos odiándonos.

¡Buf! Seguí a mi bolso hasta el sofá. No era una forma demasiado saludable de reaccionar a la idea de irme a vivir con mi maravilloso novio.

—A ver, lo del festival —dijo Alex desde el dormitorio— está muy bien. Ya hemos tocado allí, pero nos han pedido que volvamos y toquemos de nuevo. Vamos a ser algo así como los segundos cabezas de cartel.

—Increíble —respondí mientras trataba de borrar de mi estúpida mente aquellos pensamientos horribles—. ¿Y cuándo es? ¿El verano que viene?

—Eh..., más bien la semana que viene. —Apareció en el hueco de la puerta—. Ya, eso no tiene tanta gracia. Alguien ha declinado la invitación y éramos los primeros en la lista de sustitutos.

—Bueno. —Me dejé distraer por los bíceps que asomaban de su camiseta allí donde estaba, apoyado contra el marco de la puerta—. Tampoco está mal. ¿Es en la ciudad?

—Eso es lo otro... —dijo, acercándose al sofá—. Es en París, Francia.

—¿París, Francia?

—París, Francia.

—¿Es que hay otro París?

—París, Texas.

—Vale, listillo. —Me froté la frente—. ¿Conque te vas a París el fin de semana que viene?

Al menos, así dispondría de dos semanas más para enfrentarme a la disparatada historia de la mudanza.

—Nos vamos a París el fin de semana que viene —me corrigió—. Vas a venir, ¿no? No creo que pueda dejarte sola en la ciudad después de lo que pasó en Los Ángeles.

—En Los Ángeles no pasó nada —contesté, y le di una palmada en el muslo.

Por muchas bromas que hiciese sobre mi calamitoso viaje de trabajo a Los Ángeles, no iba a conseguir que lo olvidara. Quizá un viaje a Hollywood con todos los gastos pagados para entrevistar a una prometedora estrella de cine de origen británico que al final había resultado ser gay y había tratado de convencerme de que me convirtiese en su tapadera pudiera parecer muy divertido a primera vista, pero había estado a punto de costarme el trabajo, el permiso de residencia y a Alex. Así pues, era totalmente comprensible que siguiera un poco molesto al respecto.

—Vale, vale. —Alex me cogió de las manos para contener mi ataque—. ¿Por qué no lo miras como una escapada romántica a París? Nunca hemos hecho un viaje juntos.

—Es verdad —asentí mientras dejaba que deslizara las manos por mis muñecas hasta entrelazar sus dedos con los míos—. Y siempre he querido ir a París.

—¿Nunca has estado? —preguntó con cara de sorpresa.

Sacudí la cabeza.

—Pues está muy cerca del Reino Unido.

—Me perdí el viaje de final de curso en secundaria tras caerme en una poza durante una excursión para un trabajo de campo de geografía —admití—. No fue mi mejor momento.

—No sé lo que es una poza, pero parece algo propio de ti. —Me besó suavemente en los labios—. Sabes que te quiero aunque seas un desastre ambulante, ¿verdad?

—Gracias. —La verdad era que no podía ofenderme. Era cierto. Ya había roto dos vasos en una semana—. Pero será supercaro, ¿no? Sigo arruinada después de lo de Los Ángeles.

«Arruinada aunque muy bien vestida», pensé. Sólo que no aquel día.

—No tienes que preocuparte por nada. —Comenzó a hacerme una trenza—. No voy a pedirte que vengas para que te pagues el viaje.

—Pero es que quiero hacerlo. —Fruncí el cejo—. No quiero que lo pagues tú todo. Ya sabes que no soy de ese tipo de chica.

—Yo pensaba que todas las chicas eran del tipo «voy a dejar que mi novio me lleve a París el fin de semana» —dijo mientras me tiraba del pelo—. ¿O es sólo una excusa para escaquearte del viaje del mismo modo que te estás escaqueando de vivir conmigo?

—No me estoy escaqueando de nada. —Le quité la trenza de las manos—. Quiero ir a París. Lo que no quiero es que me tengas que pagar el viaje. Encontraré el modo de solucionarlo. Si es la semana que viene, coincidirá con tu cumpleaños. Los alegres treinta, al fin.

El trigésimo cumpleaños de Alex llevaba ya varias semanas acechando tras el horizonte y aunque él fingía no tener absolutamente ningún problema al respecto, la tesis oficial era que no podía «organizar ningún número», lo que equivalía a decir en lenguaje infantil: «Si hago como si no ocurriera, no ocurrirá». Típica lógica de niño pequeño que se podía aplicar a muchos, muchos de sus actos.

—Sí, bueno, ¿quién no desearía celebrar su cumpleaños en París? —Se encogió de hombros—. La discográfica quiere que hagamos un par de ensayos y el festival es el domingo, pero tendré la noche del viernes libre para que podamos salir a cenar, o algo así. ¿Qué podríamos hacer en Nueva York que no podamos hacer igual o mejor en París?

Me besó suavemente en los labios y esperó una respuesta. Una táctica artera; sabía que no estaba en plenitud de mis capacidades mentales cuando había besos de por medio.

—No lo sé. Ya te he dicho que no he estado en París —logré responder entre beso y beso—. ¿Cuándo nos iríamos?

—¿El lunes?

Desenredé las manos de su pelo y me aparté ligeramente mientras trataba de recordar qué día era. Era el problema de trabajar en casa, que perdía toda noción del tiempo.

—Hoy es martes, tengo demasiadas cosas que organizar entre el trabajo y el piso, y la verdad, Alex, son sólo seis días...

—Me pone que seas tan lista. —Insistió con los besos, esa vez en el cuello, mientras me empujaba hacia el sofá—. No hay nada de qué preocuparse, Angela. Haces una pequeña maleta, les dices a los del trabajo que vas a escribir el blog desde París durante una semana, le dejas las llaves del piso a Vanessa y nos vamos. Y si te vas a poner *feminazi* con el tema de que te pague el billete, puedes considerarlo mi regalo de cumpleaños. En serio, ¿cuántas veces tengo que decirte que dejes de preocuparte por todo?

—Al menos una más —dije, rindiéndome.

Le rodeé el cuello con los brazos y me puse cómoda sobre el sofá mientras su mano subía por mi muslo y se metía bajo el fino algodón de mi trajecito de tirantes.

—Así que me has echado de menos este fin de semana...

Sentí su aliento en mi oreja y se me volvieron a poner los pelos de punta, aunque esa vez por una razón totalmente distinta.

—Como si no lo supieras.

2

—¿QUÉ ES ESE RUIDO? —gimoteó Alex desde debajo de las mantas.

—Mi teléfono. Sigue durmiendo.

Salí arrastrándome de la cama y me dirigí al salón entre maldiciones, en busca de los pitidos. Introduje la mano en una mancha oscura confiando en que fuese el sofá hasta sentir la vibración de mi teléfono.

—¿Sí? —respondí elocuentemente.

—Hola. ¿Angela?

—¿Hum? —murmuré mientras me frotaba los ojos soñolientos. ¿Qué hora era, por cierto?

—¿Angela? Soy Cissy, de la oficina. ¿Seguías en la cama, marmota?

No es de extrañar que me quedara boquiabierta. Si hubiese tenido que elegir una archienemiga en Nueva York, ésa habría sido Cissy. Era la ayudante de mi jefa en *The Look*. Alta, delgada, rica, desesperadamente protendencias y, Dios la bendijese, coherente consigo misma a pesar de que me odiase con fiera pasión. Al menos hasta aquel día. Mierda.

—¡Hum!, estaba en el baño —mentí aunque no había ninguna necesidad.

Me quité el auricular de la oreja. Según el parpadeante reloj de la mesita de noche, que podía ver desde el salón, eran las ocho y media de la mañana. No había ninguna razón imaginable para no estar en la cama a esa hora, ¿verdad? ¿Me habría olvidado de algo?

—¿Qué pasa, Cissy?

—No pasa nada —respondió con una risilla, una auténtica risilla—. Mary acaba de pedirme que te llame para ver si podías venir hoy a una comida de trabajo, temprano. Bueno, más bien se trata de un encuentro amistoso. ¿A las doce? ¿En Pastis?

Casi se me cae el teléfono. Mary Stein, mi editora en Spencer Media, nunca me había llevado a ninguna parte fuera de la oficina y mucho menos a comer.

—¿Sí? —pregunté y confirmé al mismo tiempo.

—Maravilloso —dijo Cissy con una risilla. Otra—. ¡Oh!, Mary me ha pedido que te cuente que el señor Spencer, de Spencer Media, os acompañará. Así que..., y quiero que sepas que esto te lo digo con cariño, te recomiendo que te vistas bien. Ya sabes, que no te pongas lo que sueles llevar. Ni nada que hayas llevado nunca para venir aquí. Es demasiado pintoresco.

Allí estaba la Cissy que todos conocíamos y queríamos. Antes de que siquiera tuviera tiempo de suspirar a modo de respuesta, colgó. Sentada en bragas sobre el frío suelo de láminas, contemplé la ciudad que se extendía frente a mí al otro lado de la ventana. ¿Un almuerzo con el señor Spencer, de Spencer Media? ¿Qué podía significar? Tenía que ser algo bueno; era imposible que fuese malo.

«Lo que sí es malo es mi aspecto», pensé mientras contemplaba mi reflejo en la ventana y me enderezaba. No podía presentarme en Pastis con un trajecito de tirantes, sandalias y el pelo en aquel estado. En teoría, mostrar una apariencia de recién levantada estaba de moda, pero en la realidad te hacía parecer como si no te hubieras duchado.